

LOS PARTIDOS CATOLICOS DE ITALIA Y ALEMANIA

Estamos en vísperas de importantes acontecimientos electorales que, dentro de un par de años, afectarán a Italia y Alemania Occidental, o sea, dos países que representan una posición determinante en el equilibrio europeo.

En ambos, el partido católico ha tenido y tiene un papel determinante. Pues bien, en vísperas de las elecciones, es necesario preguntarse cuál es la situación en la Democracia Cristiana italiana y en la Unión Cristiano-Demócrata alemana; cuáles son en cada una las tendencias ideológicas prevalentes, cuáles sus méritos y defectos. Porque está fuera de duda que el resultado de las elecciones en Italia y en Alemania influirá notablemente sobre la situación política continental.

Este análisis de los dos partidos católicos, por tanto, tiene como objeto presentar un cuadro completo de su situación.

REFORMAS NECESARIAS DE LA DC ITALIANA

No es fácil hacer un examen completo de lo que ha sido la historia del movimiento de los católicos italianos en el campo político. Pero es posible señalar puntos fijos que me parecen indiscutibles.

Una primera tentativa fracasada de organizar un partido, disuelta en una dolorosa crisis religiosa: la Democracia Cristiana de don Romolo Murri. Una segunda tentativa, amorosamente conducida con paciencia de cirujano, facilitada por la I Guerra Mundial, que llevó a la creación de un partido, expresión de los católicos, que pretende ser aconfesional: el Partido Popular Italiano, cuya vida oficial duró alrededor de siete años. El final del PPI quedó señalado cuando quedó marcado en Italia el fin de la libertad.

La tercera tentativa fue facilitada también por una guerra que se convirtió en revolución y condujo a la creación de la Democracia Cristiana. Esta «tentativa» está realizándose todavía.

He escrito «tentativa» con razón, porque si nunca puede decirse que la libertad se haya conquistado definitivamente, si nunca puede decirse que la democracia se haya realizado plenamente, ¡cuánto es infinitamente más difícil realizar plenamente la democracia cristiana!

Acude a la mente el recuerdo de una incitación que parece imposible de realizar y que debe ser, sin embargo, la meta de toda aspiración humana: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos».

La Democracia Cristiana nace de esta aspiración, sólo puede vivir de esta aspiración y únicamente puede subsistir si la preserva: a falta de esta sal, lo único que puede purificar los órdenes humanos, se hace insípida y no sirve de nada...

Recordaré algunos pensamientos de Sturzo durante esta orientación en relación con este concepto mío de «tentativa».

Es el final de un discurso que pronunció en 1925 en París cuando estaba en el exilio y esperaba que se cerrase en breve el duro paréntesis fascista. Es la invitación a los políticos italianos, es la visión casi profética de una hora que estamos pasando duramente desde hace tiempo y que parece trágicamente inmanente: «... La prueba podrá resultar útil si la oposición... sabe, en su angustia, conquistar el espíritu de la libertad para sí y para los demás: para que mañana un monopolio no sea sustituido por otro monopolio y una dictadura por otra; si la oposición sabe despertar en el país la confianza en que la libertad que se invoca no será desigualdad ante la Ley, no será arbitrariedad, no será libertinaje, no será predominio de clase, no será desorden. Así podrá cumplirse la reconquista moral de la libertad junto con su reconquista política.»

Puesto que estos ideales así esbozados por Sturzo no han sido realizados, me siento justificado para escribir que todavía estamos en la «tentativa» de constituir la Democracia Cristiana en Italia.

Sin embargo, como partido existe desde hace más de treinta y dos años. Indudablemente, en cuanto afirmación, es incontestable, y justo en este contraste entre una realidad existente y la adecuación de esta realidad a sus características estructurales está la dolorosa tragedia de hoy.

Las protestas de idealismo son constantes; la celebración de nuestros grandes, la exposición de sus imágenes, la invocación de su guía, son constantes; pero cuando se desciende a lo concreto, cuando se debe escoger absolutamente entre el deber categórico que nace de un ideal acertado e izado como símbolo y la necesidad de adaptación para

la clara defensa de un interés contingente, es éste el que prevalece sobre aquél.

Se podrá objetar lo que se quiera, se podrá afirmar que no se debe generalizar, se podrá llamar fruto del pesimismo esta conclusión, pero nadie podrá negar que siempre tenemos algo que esconder y que, hoy, delante de ciertos «moralistas» que nos amonestan públicamente e invocan en contra de nosotros la norma moral sólo para poder sustituirnos, nos sentimos como escolarcillos sorprendidos por la maestra robando la merienda al compañero.

Nadie podrá negar que esta libertad «moral», que debía manifestarse, según vaticinio de Sturzo, en libertad política, no se ha realizado.

Si esta crisis no apareció en la primera tentativa que no prendió; si apareció marginalmente en la segunda, que duró sólo siete años, hoy está en pleno desarrollo. Y es bueno que se afirme otro punto esencial: si es cierto que la política tiene leyes propias, también es cierto que no pueden crearse normas ni prácticas en conflicto con la moral natural. Este principio, si es válido para todos los políticos, lo es en grado sumo para aquellos que reivindican su adhesión a principios cristianos.

Podemos tener justificación para renunciar por condiciones objetivas a la realización de parte de nuestro programa, pero no podemos estar autorizados nunca a violar la ley moral, sea en la vida interna del partido, sea en la manifestación de la misma en el campo administrativo, político, parlamentario o gubernamental. Sería necesario que, en vez de tantas convenciones, tantas asambleas, se reafirmasen claramente unos cuantos principios absolutos.

Es fácil adormecer la conciencia en un río de palabras. Es fácil corromper toda verdad en el río de los sofismas o del historicismo.

Sturzo quiso aconfesional el PPI y la Democracia Cristiana se proclamó aconfesional para señalar límites bien precisos, para evitar confusiones e interferencias, pero la aconfesionalidad no quiere decir amoralidad. (¿Ejemplificar? Cada uno de mis cuatro lectores podrá hacerlo por su cuenta.)

En el discurso de Caltagirone de 1905 (el discurso que trazó la *carta magna* de las misiones de los católicos en el campo político), don Sturzo se ocupó de las relaciones que los católicos, una vez entrados en la vida política, debían haber tenido con la Iglesia. Si queremos ser fieles a nuestra idea, si queremos superar la crisis, si no queremos desplomarnos en la incapacidad de volar a tales alturas (es de hoy la noticia del astronauta norteamericano que no quiere volver a la pureza del cielo), es preciso que las palabras de Sturzo sean meditadas

y realizadas: «... No como un partido clerical que defiende los derechos históricos de la Iglesia, en cuanto vitalidad humana de diverso orden y de razón concreta, específica, *sino como una razón de vida civil informada por los principios cristianos en la moral pública, en la razón sociológica, en el desarrollo del pensamiento fecundo, en lo concreto de la vida política...*», y otra vez estimulando y entusiasmando: «... Al par que los demás partidos en la vida nacional, no como únicos depositarios de la religión ni como ejército permanente de la autoridad religiosa, sino como representantes de una tendencia popular nacional, en el desarrollo del vivir civil *que necesita estar impregnado, animado, por los principios morales y sociales que se derivan de la civilización cristiana como informadora perenne y dinámica de la conciencia privada y pública.*»

¿Ha ocurrido así en la Democracia Cristiana? ¿Es así? ¿Se puede esperar que sea así? Si hubiese sido así, ¿cómo habría sido posible? ¿Cómo el Festival de Cine de 1966 en Venecia? ¿Cómo la ley del divorcio?

¿Recordaremos algunos puntos del programa que acompañó al llamamiento a los «Libres y Fuertes» de 1919? El primer punto decía: «Integridad de la familia. Defensa de la familia contra todas las formas de disolución y de corrupción. Tutela de la moralidad pública, asistencia y protección a la infancia, investigación de la paternidad.» Y en el punto II: «... Libertad de enseñanza en todos los grados...». Y en el punto VII (meditando sobre el proyecto de reforma hospitalaria): «... Libertad y respeto a las iniciativas de instituciones privadas de beneficencia y asistencia...». Y en el punto VIII: «... Libertad y respeto a la conciencia cristiana, considerada como fundamento y defensa de la nación, de las libertades populares y de las crecientes conquistas de la libertad en el mundo».

¿Quién se atreve ahora en el Parlamento o en el Gobierno a sostener que existe una conciencia cristiana que es fundamento y defensa de la vida de la nación y de las libertades populares? ¿No se parecería a alguien que en 1975 sostuviese que la luz del petróleo era el único medio para tener una luz viva y segura?

Un día se escribió que la Iglesia había sido traicionada por los clérigos.

Hoy escribo amargamente que la Democracia Cristiana no ha realizado todavía su tentativa de constituirse —y amenaza trágicamente no conseguirlo—, porque ha sido traicionada por los democristianos. Lo que en nuestra vida era lastre lo hemos conservado y acumulado celosamente y lo que era vida esencial y única esperanza de victoria lo

hemos considerado lastre y lo hemos arrojado para ser más libres en nuestro vuelo de Icaro. Frente a los laicistas, que se reunían bajo diversos ropajes sólo para recuperar la dirección de la cosa pública, hemos creído poder vencer transformándonos en laicistas. Ya no existe una justicia cristiana, sino una justicia «social». Entre los estómagos y las almas, sólo tienen derecho a hablar los estómagos...

¿Qué traición más grave? ¿Qué traición más necia?

En las notas del testamento político de De Gasperi, que redactó durante los años próximos a la Liberación, escribía: «Tener una meta propia fundada en la convicción propia de la vida social... Ni puede ser nuestra la ilusión de un totalitarismo materialista, que busca la justicia social únicamente en procedimientos legislativos de distribución más equitativa de la riqueza... Es la conciencia moral la que decide también al final sobre las relaciones sociales... Ninguna justicia social será posible *si no se hacen todos personalmente justos.*» Y llego así al último punto de esta exposición: la colaboración con los socialistas.

De un socialismo católico se ha hablado siempre aquí en Italia y también habló de él Nitti. Pero autorizadamente se ha dicho siempre que en estos dos términos existe una contradicción esencial, tanto en los principios como en los fines.

En alguna agitación, en algunas reivindicaciones, hemos estado próximos, pero no es cierto que para realizar nuestro programa hayamos necesitado ni necesitemos a los socialistas.

Tanto Sturzo como De Gasperi estaban en contra de la colaboración sistemática con los socialistas.

En el discurso de Turín de 1923, Sturzo, que hablaba por última vez como secretario del PPI, precisó y reafirmó, relacionando las pruebas, la oposición del PPI al partido socialista, *recordando las tentativas de los liberal-demócratas de unirse con los socialistas para superar la amenaza del PPI*, y concluía: «... Es cierto, hubo amigos nuestros que estimaron necesaria, y no a largo plazo, la colaboración entre los demócratas, los populares y los socialistas... Estimación objetiva, respetable... *Esta opinión no fue nunca la del partido...*»

¿Y De Gasperi? No es preciso recordar lo que dijo en Milán en 1953, cuánto reprochó y cuánto exigió a Nenni; basta recordar lo que expuso claramente en Nápoles en su discurso, que presagia lo último.

En este abandonar un campo ideal, en este aceptar un campo táctico como un encuentro de ideas, está la debilidad actual de los católicos italianos.

Así nos advertía De Gasperi: «... Poco a poco penetra en la mente y en el lenguaje el axioma de que, para hacer justicia a los más débiles, es preciso salir de casa para encontrarse, al menos a mitad del camino, con quienes se llaman representantes e intérpretes de la clase trabajadora... Así terminamos haciendo creer que el advenimiento del trabajo sólo puede ocurrir por el impulso y bajo la égida de la conquista bolchevique...»

¿No ha sucedido así ahora? ¿No oímos, como trompetas en el valle de Josafat, que ahora, sólo ahora, todo se realiza? ¿No nos dicen ciertamente que ha llegado la hora de la verdad y de la justicia...? ¡Y que el PCI es su profeta!

¿Fracaso, pues? No. La idea no puede fracasar.

El partido nunca ha renegado oficialmente de esta idea. Más bien está intentando continuar fatigosamente una subida a la que se opone una nueva «irreversibilidad», no la de nuestra adhesión a la idea democrática y cristiana, sino... ¡a la de un Gobierno!

El electorado, aun atravesando oscilaciones, ha conservado una fidelidad básica a la Democracia Cristiana, asqueado por la saciedad y el apetito de los nuevos ricos.

La idea cristiana es la única que puede oponerse en los fundamentos de una estructura social verdadera, de una estructura internacional verdadera, de una paz verdadera.

EL CDU ALEMÁN, EN FASE DE RENOVACIÓN IDEOLÓGICA

En el ámbito de la Democracia Cristiana alemana está en curso un vivo debate que concierne a la misma coherencia y razón de ser del mayor partido de inspiración cristiana operante en Europa, y que parece devolver a las discusiones que hubo en Alemania a principios de la posguerra, cuando se trataba de poner las bases para una reorganización de los partidos políticos tras la catástrofe hitleriana. Esto es, se plantea la cuestión de si el CDU debe permanecer unido a su «C», debe mantenerse o recuperar su contenido cristiano o debe más bien seguir al partido social-demócrata por el camino de la *desideologización*, por el camino de la renuncia a un contenido ideológico bien preciso, para transformarse en una mera organización electoral del tipo de los partidos estadounidenses.

El sumirse de Alemania Occidental en un clima de general bienestar, la atenuación de la tirantez interna, el paso progresivo al pluri-

partidismo—causado no tanto por una tendencia real del electorado como por un sistema electoral que, con la cláusula del 5 por 100, desanima la aparición de nuevas formaciones políticas y niega representación a los partidos menores—ha tenido como consecuencia que se ponga en duda la utilidad de los partidos de cuño tradicional, anclados en un preciso sistema ideológico.

Se vuelve, decíamos, a las discusiones de hace una treintena de años, cuando los mismos problemas se presentaban a los políticos de inspiración cristiana.

En el Imperio y en la República de Weimar existía una única fuerza política de carácter confesional, el *Centro*, surgido en el siglo XIX como medio de defensa de los católicos contra la política anticlerical del Estado de Bismarck. No se trataba de una formación política exclusivamente católica y, sin embargo, el número de los protestantes adheridos siempre fue bastante modesto, si no despreciable. El protestantismo no supo manifestarse en un partido y los diversos grupos de inspiración protestante cuando la República de Weimar no tuvieron fortuna. El electorado protestante se dividió por igual entre los nacional-conservadores (DNVP) y los diversos grupos liberales y demócratas.

La caída de la dictadura hitleriana originó cambios profundos en el panorama político germano. Desacreditó profundamente las fuerzas de la derecha nacional, que habían facilitado la subida del nazismo, subestimando su carácter destructivo y totalitario; arrastró con el comunismo y determinó la creación de nuevas relaciones entre los grupos religiosos alemanes. La persecución a la que, en plena imparcialidad, estuvieron sometidos tanto los católicos como los protestantes por parte del régimen nazi tendió un puente entre las dos confesiones y tuvo también consecuencias importantes en el plano político. La comprobación, además, de los horrores que puede provocar una política desligada de cualquier fundamento ético y no basado en la fe, en la dignidad y en el valor de la persona humana; y de los inconvenientes originados por la proliferación de partidos en la República de Weimar hizo tanto más evidente la necesidad de fundar un gran partido de base cristiana.

Esta exigencia era tan ampliamente sentida que en 1945 se llegó a la espontánea formación de toda una serie de grupos y asociaciones de inspiración demócrata-cristiana que comprendían a católicos y protestantes, a los que adhirieron gran parte de los miembros del antiguo *Centro*, además de numerosos miembros de los antiguos partidos del centro y de la derecha. En la reunión celebrada en Bad

Godesberg en diciembre de 1945, en la que participaron representantes provenientes de las cuatro zonas de ocupación, estos grupos decidieron unirse en el CDU. Al mismo tiempo se constituía en Baviera un partido hermano, fundado sobre las mismas bases políticas, pero que, por el típico espíritu autonomista de los bávaros, prefería mantener una organización y un nombre (CSU) distintos. Un grupo de exponentes católicos no aprobó esta fórmula y reconstituyó el antiguo *Centro*, que ha permanecido en vida hasta nuestros días sin gran éxito (en las elecciones de 1949 obtenía apenas 10 escaños, frente a los 139 del CDU-CSU).

La Democracia Cristiana alemana surgía así con la fusión de católicos y protestantes, pero también con un vigoroso aporte de conservadores y de liberales moderados. Por parte de estos últimos hubo ya en 1945-1946 los primeros intentos de hacer del CDU un crisol de todas las fuerzas genéricamente antisocialistas y de dar al partido un programa vago y anodino. En contra de estas tendencias, Adenauer intervino enérgicamente para reivindicar el contenido profundamente cristiano del partido, sin el cual no se habría podido realizar una obra auténtica de reeducación del pueblo alemán y una seria batalla anticomunista. La presencia de este elemento liberal explica por qué se levantan voces periódicamente postulando la transformación del CDU en un mero «partido del bienestar» (*Wohlstandspartei*).

Es de observar que, en sus principios, el partido se encontró unido solamente en algunos de los puntos programáticos que lo caracterizaron después, esto es: en el principio del Estado de Derecho, en la fe en la democracia cristiana acordada y en la necesidad de una política cultural y educativa confesionales. No había un acuerdo completo sobre la política económica, pareciendo indispensable a parte importante del CDU una economía de plan y la nacionalización de las industrias clave para hacer posible la reconstrucción ordenada del país. En cambio, prevaleció lentamente, y tras muchas discusiones, la idea de la «economía social de mercado», sobre todo por obra de Adenauer, que defendió esta opción con argumentos de carácter ético-político (desconfianza en una concentración excesiva de poder económico en manos de los dirigentes políticos, con el consiguiente riesgo de nuevas formas de opresión), y de Erhard, más sensible a motivos de carácter estrictamente económico.

Fue lo mejor, porque permitió el milagro económico que ha hecho de Alemania la tercera potencia comercial del mundo y porque, unido

a un anticomunismo intransigente y a una política moderadamente conservadora bajo la guía vigorosa de Adenauer, hizo imposible que a su derecha se constituyese un partido de oposición nacional, que habría resultado un elemento de inestabilidad en la vida política; arrambló con el partido comunista, primero electoralmente y después también legalmente, y obligó a los socialistas a renunciar a su programa marxista y clasista.

La fórmula del CDU-CSU fue particularmente atinada también por sus reflejos en el plano religioso. La convivencia de católicos y protestantes en un mismo partido hizo bastante menos peligrosos y virulentos los conflictos entre las diversas confesiones y creó también un espíritu de comprensión recíproca, y esto, entre paréntesis, no careció de influencia sobre la adhesión de tan gran parte del episcopado alemán a las tesis del «progresismo» en el Concilio. Además, el carácter confesional del partido ha llegado a disminuir porque la influencia de las iglesias tiende a neutralizarse. Los cargos del Gobierno y del partido se distribuyen teniendo en cuenta, dentro de lo posible, la pertenencia religiosa. No es, pues, exacto decir que el CDU-CSU sea un partido católico, aunque sí es cierto que gran parte de los inscritos son católicos y que el apoyo más decidido lo recibe del clero católico, mientras que el protestante es más tibio y concede mayor libertad a sus fieles. Teniéndolo en cuenta, en el ámbito del partido funciona un *Seminario Evangelista (Evangelischer Arbeitskreis)* con las miras de defender las posturas protestantes en el interior del partido.

En conjunto, se puede admitir que las relaciones entre católicos y evangelistas en el CDU-CSU son fundamentalmente positivas y no existen divisiones por líneas confesionales.

Por lo demás, el problema del compromiso político de los católicos se discutió ampliamente en el LXXXI Congreso Católico, celebrado en Bamberg. Durante los debates, más de un orador expresó la opinión de que, si los estrechos lazos entre el catolicismo oficial y el partido cristiano son comprensibles y justificables históricamente, ha llegado ya el momento de introducir también a los católicos en los demás partidos, sobre todo en el SPD y en el FDP, necesitados también de presencia cristiana. A esta tesis se objetó, sobre todo por parte de los políticos profesionales, que tal introducción en los diversos partidos habría significado una dispersión de fuerzas, particularmente peligrosa dada la reluctancia de demasiados católicos a participar en la

FRANCESCO LEONI

lucha política; y la victoria de tal tesis habría tenido como consecuencia una debilitación del impulso cristiano en la política alemana.

Esta cuestión, de suma importancia y que quizá no ha llegado todavía a maduración, no se discutió hasta lograrse una solución unívoca, pero ya está puesta sobre el tapete y obligará en el futuro tanto a los responsables del catolicismo alemán como a los dirigentes políticos. Sobre todo, el CDU-CSU deberá intentar mostrarse digno del apoyo exclusivo de los católicos alemanes, después de que ciertas tentativas de *desideologización* han sembrado la duda en que la «C» de su título no sea ya tan visible como para justificar la permanencia de las relaciones tradicionales.

FRANCESCO LEONI

Traducción de Eloy Fuente Herrero.